

Experiencia de la coerción sexual entre los jóvenes de Kenia

CONTEXTO: Los estudios sobre la conducta sexual de los jóvenes en los países en desarrollo generalmente no dan importancia a las circunstancias en las cuales se mantiene una relación sexual, y en la mayoría de los casos se asumen que esa relación es deseada y consensual. Los pocos estudios publicados sobre el sexo no consensual utilizan muestras sumamente selectivas, y dejan de lado la experiencia de los hombres y los jóvenes casados.

MÉTODOS: Una encuesta realizada en 2001 con jóvenes de Nyeri, Kenia, incluyó un módulo especial sobre la coerción sexual. Se utilizan datos descriptivos y análisis multivariados para examinar la prevalencia y las tendencias de sexo forzado entre hombres y mujeres de 10 a 24 años, casados y solteros.

RESULTADOS: Entre los entrevistados sexualmente activos, el 21% de las mujeres y el 11% de los hombres indicaron haber tenido relaciones sexuales en condiciones de coerción. La mayoría de los perpetradores eran personas de su intimidad, inclusive novios, novias y cónyuges. Los resultados de un análisis de regresión logística multivariada indicaron que las mujeres casadas alguna vez, y aquellas que no vivían con sus padres o su cónyuge, presentaban un riesgo significativamente más elevado de sufrir coerción sexual (razones de momios de 2,6 y 3,1, respectivamente); entre las mujeres, el sexo forzado estuvo relacionado con haber tenido varias parejas sexuales y una infección del tracto reproductivo (2,2 y 2,5). Los hombres que habían sido forzados eran mucho más proclives que otros hombres a haber tenido una primera pareja sexual que era por lo menos cinco años mayor que él (82,9).

CONCLUSIÓN: Los programas de salud reproductiva para jóvenes deben prestar atención al sexo no consensual, prestando especial atención a las necesidades particulares de los hombres y de las mujeres casadas.

Selección Especial de Artículos sobre Violencia Basada en Género y Salud Reproductiva, 2006, págs. 33–40

Por Annabel S. Erulkar

Annabel S. Erulkar es asociada de programas del Population Council, Accra, Ghana.

La conducta sexual y la salud reproductiva de los jóvenes en los países en desarrollo han despertado particular atención durante los últimos 15 años; los jóvenes representan una enorme proporción de la población en estos países y están desproporcionadamente afectados por la infección del VIH y otras consecuencias negativas para la salud reproductiva.¹ Los estudios disponibles documentan que los adolescentes mantienen relaciones sexuales prematrimoniales sin suficientes conocimientos sobre la salud reproductiva, y muy pocos usan anticonceptivos, especialmente el condón.² Lamentablemente, estos estudios han prestado poca atención al contexto social de la actividad sexual de los adolescentes—en particular la influencia que las relaciones de género y los desequilibrios de poder ejercen en la decisión y el momento en que los jóvenes tienen relaciones sexuales. Además, la mayoría de estos estudios han asumido que el sexo entre los jóvenes es deseado y consensual. Sin embargo, en la actualidad están acumulando pruebas que indican que un importante porcentaje de los actos sexuales de los jóvenes se llevan a cabo bajo coerción.

ANTECEDENTES

La coerción sexual incluye una amplia gama de experiencias que obligan a una persona a realizar un acto sexual contra su voluntad.³ Estas experiencias incluyen el uso de “vio-

lencia, amenazas, insistencia verbal, engaño, expectativas culturales o circunstancias económicas”; la consecuencia es una “falta de elección para procurar otras opciones sin las severas consecuencias sociales o físicas”.⁴

La falta de trabajos de investigación sobre la experiencia de coerción sexual entre los jóvenes se debe en parte a los limitados conocimientos, estigmas, limitaciones metodológicas y cuestiones de ética. La mayor parte de la investigación disponible ha sido realizada con mujeres en edad de estudios universitarios en los países desarrollados. El 8% de las mujeres jóvenes que participaron en un estudio en Canadá y el 15% de las de un estudio de Estados Unidos indicaron que habían sido físicamente forzadas a mantener relaciones sexuales.⁵ Un estudio representativo a nivel nacional realizado en 1987 en los Estados Unidos con 1.121 jóvenes de 18–22 años, reveló que el 7% alguna vez habían sido forzadas sexualmente, y el porcentaje más elevado se presentó entre las jóvenes blancas, de las cuales el 13% indicaron que habían tenido esa experiencia antes de los 20 años de edad.⁶ Además, el 9% de las mujeres de 15–24 años que participaron en la National Survey of Family Growth (Encuesta Nacional de Crecimiento de la Familia) en 1995, un estudio representativo a nivel nacional en los Estados Unidos, indicaron que su primer sexo había sido contra su voluntad.⁷

Algunos estudios también han examinado las consecuencias negativas de la coerción sexual a largo plazo. Al compararlas con las mujeres que no han sido abusadas sexualmente, aquellas que han tenido esta experiencia tienden a tener más parejas sexuales,⁸ así como a ejercer menos control sobre las condiciones en que consumen el acto sexual; asimismo, ellas tienen una menor probabilidad de practicar la anticoncepción y usar condones, y una mayor probabilidad de contraer infecciones transmitidas sexualmente (ITS) y de concebir embarazos no deseados.⁹ Entre las consecuencias psicológicas a largo plazo debido al abuso sexual se incluyen la depresión, las ideas de suicidio, la falta de autoestima y de seguridad en sí mismas, la adicción a las drogas y el alcoholismo.¹⁰ Un estudio realizado en el estado de Washington, en los Estados Unidos, reveló altas tasas de abuso sexual entre las adolescentes que habían estado alguna vez embarazadas.¹¹ Además, las jóvenes participantes en el estudio que habían sido abusadas iniciaron su vida sexual dos años y medio antes que las jóvenes de la población en general.

Durante la última década, numerosos estudios han demostrado la dificultad que existe de obtener informes confiables sobre la coerción sexual.¹² Además, se complican los informes incompletos de las adolescentes sobre su experiencia con la coerción sexual por sus informes igualmente incompletos sobre su actividad sexual en general.¹³ El sexo prematrimonial entre las mujeres jóvenes es un tema tan delicado en muchos países que es muy difícil que informen adecuadamente al respecto.¹⁴ En forma inversa, los hombres jóvenes en muchas culturas tienden a exagerar su experiencia sexual porque esto es visto como una cuestión de hombría.¹⁵

Los datos sobre coerción sexual obtenidos en las encuestas pueden resultar aún más problemáticos: con frecuencia se mencionan como obstáculos el temor a las represalias, el estigma social que conlleva el abuso sexual y la falta de apoyo social.¹⁶ Además, las mujeres abusadas pueden ser menos proclives a participar en los estudios y a no tener una buena relación ni conexión con las entrevistadoras.¹⁷

Una comparación de tres encuestas realizadas en Nicaragua concluyó que la notificación sobre los casos de violencia sexual mejoró cuando se les dieron varias oportunidades a las entrevistadas para que declararan sobre su experiencia de abuso y cuando la encuesta concentró la atención en la violencia y las entrevistadoras formularon preguntas específicas sobre el asunto en vez de preguntas generales (tales como “¿Ha sido usted abusada alguna vez?”).¹⁸ Si bien formular preguntas específicas sobre la conducta del entrevistado puede mejorar la obtención de datos, los medios de coerción sexual tienden a variar en los diferentes entornos culturales. En consecuencia, definir con exactitud cuáles conductas se deben identificar en un contexto de encuestas de magnitud sobre abuso sexual presenta otros desafíos a los investigadores, en particular a aquellos que trabajan en regiones donde se han realizado pocos estudios sobre la coerción.

Coerción sexual de jóvenes en África

Una de las primeras encuestas que reveló el alcance de la coerción sexual entre los jóvenes en el África subsahariana se realizó en 1993, entre 10.000 mujeres estudiantes de enseñanza secundaria en Kenya.¹⁹ En este estudio, el 24% de las mujeres con experiencia sexual indicaron que su primer acto sexual había sido forzado. Además, en un estudio sobre el uso de anticonceptivos entre las estudiantes de enseñanza secundaria de Kenya, el 9% de las que tenían experiencia sexual explicaron que no habían usado anticonceptivos la última vez porque habían sido forzadas en su relación sexual.²⁰ Más recientemente, estudios realizados en Ghana y Zimbabwe han revelado que la coerción sexual es un importante factor en la iniciación sexual y en las relaciones sexuales posteriores. En Ghana, el 25% de las mujeres de 12–24 años informaron que su primera relación sexual había sido forzada;²¹ los porcentajes correspondientes en Zimbabwe fueron del 12% en un estudio realizado en un centro urbano y el 33% en una zona rural.²² Todos estos estudios se basaron en encuestas grandes que incluyeron la coerción sexual como un componente menor o en una sola pregunta, y no como la cuestión más importante de la investigación. Se prestó poca atención a las cuestiones metodológicas, tales como la forma en que se formulaban las preguntas sobre el sexo no consensual, y ninguno de los estudios se extendió más allá de los cálculos de prevalencia para examinar la experiencia de la coerción sexual entre los jóvenes.

La mayor parte de los trabajos de investigación publicados que concentran la atención en la coerción sexual entre las adolescentes africanas han sido cualitativos, y muchos de los estudios se han realizado en Sudáfrica. Los estudios sudafricanos, en particular, revelan una elevada frecuencia de violencia en el contexto de las relaciones de la pareja, lo cual con frecuencia se atribuye a la reciente transición política y social en ese país.²³ Las mujeres jóvenes embarazadas que participaron en un estudio en Cape Town informaron que sus parejas habían usado medios violentos para iniciar una relación sexual, y las habían asaltado físicamente para preservar la continuación de la relación de pareja.²⁴ En un estudio conducido para evaluar la toma de decisiones con respecto al sexo, realizado en una clínica en Durban, las jóvenes indicaron que el temor a la violencia fue una razón importante por la cual no hablaron con su pareja sobre el SIDA ni usaron condones.²⁵ En este estudio, las jóvenes indicaron que si se rehusaban el acto sexual con su novio, casi siempre él les forzaba a mantener relaciones sexuales como resultado.

Pocos estudios han procurado desentrañar y comprender las percepciones y significados de sexo bajo coerción entre las adolescentes africanas. Un estudio realizado en Nigeria utilizó un método de investigación narrativo con estudiantes de enseñanza secundaria y jóvenes que participaban en programas vocacionales para explorar el significado y carácter del sexo bajo coerción.²⁶ Los participantes describieron como conducta coercitiva cuando alguien amenaza o fuerza a otra persona a un acto sexual,

el manoseo no deseado, el abuso verbal, el engaño que conduce al sexo al forzar a la persona a la pornografía o al uso de la magia tradicional, o el no aceptar como respuesta un “no”. En su mayoría, las mujeres describieron a los perpetradores como hombres que ellas conocían, y los hombres consideraban que las mujeres eran inocentes y, por lo tanto, vulnerables ante la coerción.

Un estudio realizado en Cape Town investigó la relación entre el embarazo en adolescentes y la experiencia de la coerción.²⁷ En este estudio, las adolescentes embarazadas fueron significativamente más proclives que sus pares que nunca habían estado embarazadas a tener parejas de más edad y a haber sufrido el sexo forzado. En forma similar, el 32% de las adolescentes embarazadas indicaron que su iniciación sexual había resultado de una violación o de sexo forzado, en comparación con el 18% de las adolescentes que nunca habían estado embarazadas. Las participantes en el estudio hicieron una distinción entre la violación (coerción física por parte de un extraño o un pariente) y el sexo forzado (coerción física por parte de su novio). Este resultado agrega más ambigüedades a la medida de sexo bajo coerción.

La investigación sobre la experiencia de sexo bajo coerción de las adolescentes está mucho menos desarrollada en el África subsahariana que en las regiones más industrializadas; la coerción es una nueva área de trabajo para los investigadores en los países en desarrollo, han habido pocas oportunidades para realizar estudios con base en muestras representativas, y no ha evolucionado la medida de la coerción sexual. Muchos de los estudios disponibles utilizaron muestras selectivas, tales como las adolescentes embarazadas, las estudiantes o las pacientes de las clínicas, y así no se pueden generalizar los resultados para la población adolescente en general del país. Por ejemplo, las tasas de coerción obtenidas de los estudios sobre adolescentes embarazadas son generalmente más elevadas que aquellas que se obtienen de muestras representativas de adolescentes. Las experiencias de los hombres con la coerción sexual han sido virtualmente ignoradas en los trabajos de investigación realizados en los países en desarrollo,²⁸ y prácticamente todos los estudios sobre la conducta sexual de los adolescentes realizados en el África subsahariana han incluido solamente a los jóvenes solteros, dejando de lado a un importante porcentaje de las mujeres jóvenes del continente que contraen el matrimonio durante la adolescencia. Otros estudios han utilizado un lenguaje ambiguo en las preguntas sobre el sexo no consensual. Por ejemplo, el preguntar a los entrevistados si habían sido “forzados” a mantener relaciones sexuales puede plantear la posibilidad de que éstos interpreten la pregunta como fuerza o compulsión en forma figurativa, en vez de la fuerza física en su sentido literal.

Este es uno de los primeros estudios de magnitud que centra la atención en la prevalencia, el contexto y las consecuencias de la coerción sexual entre las mujeres y hombres jóvenes del África subsahariana. Al contrario de la mayoría de los anteriores estudios realizados en el continente, se recurre a los datos basados en una muestra representativa a nivel de población que también incluye a los adoles-

centes casados. Finalmente, el estudio reconoce que los hombres jóvenes también son víctimas de sexo bajo coerción e incluye asimismo sus experiencias. El estudio presta especial atención a la medición de la coerción sexual, tomando en cuenta las recomendaciones metodológicas de estudios anteriores sobre la violencia por razones de género.

METODOLOGÍA

Datos

Los datos para este estudio fueron obtenidos de una gran encuesta de la población conducida en 2001 en la Provincia Central de Kenia. La encuesta fue realizada como parte de un proyecto de investigación para evaluar el efecto de una intervención innovadora en materia de salud reproductiva dirigida a la población joven de la región.

En las etapas iniciales del estudio, se tomaron en cuenta todos los hogares en una encuesta casa por casa. Se seleccionaron para incluir las casas que tenían jóvenes de 10–26 años, utilizando un generador de números aleatorios en SPSS. Para controlar la correlación potencial dentro de una casa, utilizamos el *grid Kish* para seleccionar en forma aleatoria a una persona joven si la casa tenía dos o más que fueran elegibles para ser entrevistadas. Los entrevistadores realizaron un máximo de tres visitas a cada hogar para localizar a la persona a ser entrevistada. En total, se entrevistaron a 2.712 jóvenes casados y solteros; sin embargo, para este análisis limitamos la muestra a jóvenes de 10–24 años de edad para hacerla comparable con muestras recogidas en otros estudios, y utilizamos datos solamente de los entrevistados que residían en el Distrito de Nyeri. La tasa de respuesta general fue del 90%; las tasas individuales por género fueron del 92% entre las mujeres y del 86% entre los hombres.

Se incluyó en la encuesta un módulo especial sobre coerción sexual. El módulo recurrió a la definición propuesta por Heise y sus colegas,²⁹ así como a trabajos de investigación previos realizados en Kenia que describieron el acto sexual bajo coerción como un acto que tenía lugar como resultado de un engaño o una artimaña, fuerza física o una trampa.³⁰ Entre los kikuyus, especialmente aquellos que residían en zonas rurales, los hombres jóvenes que recién habían sido circuncidados con frecuencia construían su propia vivienda o tenían una habitación independiente de la casa de sus padres. Trabajos previos de investigación cualitativa han revelado que estas habitaciones con frecuencia son lugares donde los jóvenes mantienen relaciones sexuales, especialmente porque predominan las normas culturales que presionan a los hombres recién circuncidados a consumir el acto sexual.³¹ Las mujeres jóvenes han indicado que han sido atrapadas en estas habitaciones, y los hombres jóvenes han manifestado que han encerrado a jovencitas en estos lugares.³² La introducción a la pregunta fue escrita de tal forma que el entrevistado se sintiera que no estaba siendo tratado en forma singular y que estas conductas eran comunes: “Leeré una lista de experiencias que los hombres y mujeres adolescentes pueden vivir a medida que crecen. ...” Siguiendo las recomendaciones de Ellsberg y sus colegas,³³ utilizamos preguntas específicas sobre

CUADRO 1. Distribución porcentual de los entrevistados de 10–24 años, según ciertas características y por género, Distrito de Nyeri, Kenya, 2001

Característica	Hombres (N=754)	Mujeres (N=999)
Edad***		
10–14	36,2	28,0
15–19	30,6	26,2
20–24	33,2	45,7
Etnia**		
Kikuyu	93,7	88,9
Otra	6,3	11,1
Religión*		
Católica	43,0	36,9
Otra religión cristiana	53,4	59,2
Otra religión no cristiana	3,6	3,9
Educación		
Ninguna	1,2	1,0
<9 años	67,2	66,1
≥9 años	31,6	32,9
Asiste actualmente a la escuela***		
Sí	51,1	35,6
No	48,9	64,4
Estado civil***		
Nunca se casó	94,3	69,8
Alguna vez casado	5,7	30,2
Condición socioeconómica		
Baja (puntaje, 0–4)	29,4	31,4
Alta (puntaje, 5–10)	70,6	68,6
Experiencia sexual		
Sí	44,7	46,2
No	55,3	53,8
Total	100,0	100,0

*Distribución de hombres difiere significativamente de la de mujeres a $p < .05$.

**Distribución de hombres difiere significativamente de la de mujeres a $p < .01$.

***Distribución de hombres difiere significativamente de la de mujeres a $p < .001$.

Nota: Los porcentajes pueden no llegar a 100 debido al redondeo.

la conducta coercitiva: ¿Alguna vez alguien le hizo una trampa para hacer el amor? ¿Alguna vez alguien le ha amenazado para forzarle de mantener relaciones sexuales? ¿Alguna vez alguien le insistió en hacer el amor, o no aceptó que le dijera que no? ¿Alguna vez le ha encerrado alguien en una habitación y le forzó a tener relaciones sexuales? ¿Alguna vez alguien le forzó físicamente al acto sexual? ¿Alguna vez alguien le violó?

A los entrevistados que indicaron haber tenido alguna de estas experiencias, se les formuló preguntas de seguimiento sobre el número de veces que ello había ocurrido, la identidad y la edad del perpetrador, y si habían informado sobre el hecho. Como en estudios anteriores se ha observado que los entrevistados que informaban sobre el sexo

*El cuestionario fue administrado en kikuyu al 57% de las personas entrevistadas en la encuesta. La palabra "amenazado" en la pregunta "¿Alguien alguna vez le ha amenazado para forzarle a mantener relaciones sexuales?" no se encontraba en una traducción directa a kikuyu. Por lo tanto, la pregunta traducida se aproxima más a "¿Alguien le ha chantajeado o dicho que le haría daño de alguna forma para obligarle a mantener relaciones sexuales?"

†La medida resultante fue dicotómica, porque al dividir las respuestas de acuerdo con las formas específicas de coerción hubiera resultado en muy pocos casos para ser objeto de análisis.

bajo coerción distinguían entre el "sexo forzado físicamente" y la "violación", les preguntamos acerca de ambos casos.³⁴ Este estudio incluyó solamente a los actos bajo coerción que resultaron en un coito penetrativo; no se midieron los intentos que no tuvieron éxito o las formas de sexo que no fueran el coito. El cuestionario fue traducido al kiswahili y al kikuyu por equipos que se reunieron con ese propósito. Los equipos trabajaron para obtener una traducción exacta de los términos difíciles, y cuando era imposible lograr un término preciso, recurrieron a descripciones más amplias de la situación.*

Durante el estudio se prestó especial atención a la seguridad de los entrevistados y a la confidencialidad de la información brindada. Se obtuvo el consentimiento informado de los entrevistados y los permisos correspondientes de los padres o guardianes en casos en que fueran menores de 18 años. El estudio, lo cual solicitó información sobre una amplia gama de temas—incluidos el uso del tiempo, la educación, el trabajo, el matrimonio, la conducta sexual y el conocimiento sobre salud reproductiva—fue descrito a los padres como un estudio sobre las experiencias de los adolescentes. La capacitación de los entrevistadores destacó la importancia de la confidencialidad como un componente crucial y que la violación de este aspecto de la entrevista era causal de expulsión. Con este fin, el protocolo del estudio requirió que todas las entrevistas se llevaran a cabo en un lugar privado y que nadie podría estar presente durante la encuesta además de la persona entrevistada y el entrevistador.

Durante la introducción a la entrevista, se les informó a los encuestados que podrían saltarse cualquiera pregunta que no desearan contestar. Al final de la entrevista, se les dio la oportunidad para hacer comentarios o formular preguntas al entrevistador. Si los entrevistados necesitaban ayuda, el personal del estudio les proporcionaban los nombres y datos de alguna autoridad competente en una entidad de salud reproductiva y de un consejero local que se especializara en trabajar con adolescentes.

Todos los análisis fueron estratificados según el sexo del entrevistado para demostrar las diferencias entre hombres y mujeres en las circunstancias de la coerción sexual. En primer lugar, se usó un análisis descriptivo para caracterizar las experiencias de los jóvenes con el sexo bajo coerción. Luego se utilizaron análisis de regresión logística para explorar los factores relacionados con la experiencia de la coerción sexual entre jóvenes con experiencia sexual.

Variables

La experiencia de haber sufrido la coerción sexual alguna vez en la vida fue medida al preguntar a los entrevistados si alguna vez habían consumido el acto sexual debido a un engaño, insistencia, amenazas, fuerza física o violación, o por haber sido encerrados en una habitación.[†] Se examinó dicha experiencia con relación a los factores de antecedentes individuales y del hogar, y las consecuencias de salud reproductiva.

Las variables demográficas—edad, asistencia escolar ac-

CUADRO 2. Porcentaje de jóvenes con experiencia sexual que alguna vez tuvieron sexo bajo coerción, según el tipo de coerción y por género

Tipo	Hombres (N=337)	Mujeres (N=462)
Cualquier tipo	11,0	20,8
Engaño/artimaña	6,0	11,9
Amenazas	0,6	3,7
Insistencia/no aceptar no como respuesta	4,2	7,6
Encerrado en una habitación	1,5	3,0
Fuerza física	1,2	5,0
Violación	0,9	3,2

Nota: Los entrevistados podían indicar más de un tipo de coerción.

tual, nivel educativo y estado civil—fueron incluidas en el análisis para identificar las características de los hombres y mujeres jóvenes que presentaban elevados riesgos de coerción sexual. También se incluyó en el modelo una variable que indicaba si el entrevistado tenía un trabajo remunerado.

Las variables correspondientes al nivel del hogar incluyeron la situación de alojamiento y una medida de la condición socioeconómica. Varios estudios han concluido que la presencia de los padres en el hogar es una medida protectora contra una amplia gama de conductas riesgosas y experiencias durante la adolescencia, incluido el comportamiento sexual de riesgo.³⁵ Dado que la muestra incluyó a adolescentes casados y solteros, la variable de la situación de alojamiento reflejó si los entrevistados vivían con uno de sus padres o con su cónyuge. La situación económica del hogar se midió a través de un puntaje agregado basado en 10 artículos o comodidades del hogar. Se les preguntó a los entrevistados si su casa tenía o no las siguientes bienes de consumo o servicios—agua corriente, un inodoro a alcantarillado, electricidad, radio, televisor, refrigeradora, bicicleta, animales de cría o ganado, tierras, y un puesto de mercado. El puntaje variaba entre 0 y 10, con un puntaje medio de 4,1. Dado que esta encuesta se realizó en el contexto de un proyecto de investigación de una intervención de salud reproductiva, se incluyó una variable para medir la exposición a la intervención, aun cuando la intervención no prestó atención explícita a la violencia por razones de género o a la coerción sexual.

Estudios realizados en otros lugares han sugerido que las mujeres jóvenes que han tenido experiencias de coerción inician su actividad sexual antes que aquellas que no han sido coaccionadas.³⁶ Además, la coerción sexual ha estado asociada con una serie de problemas y conductas negativas para la salud reproductiva, incluidos la elevada incidencia de infecciones del tracto reproductivo, múltiples parejas sexuales, el embarazo precoz, el bajo uso del condón, y el uso de drogas y alcohol. Se incluyeron en el modelo estas conductas para verificar si la experiencia de coerción entre los jóvenes estaba relacionada con la conducta riesgosa consecuente y con las consecuencias negativas para la salud reproductiva. Debido a que es difícil medir la infección con una ITS a través de la información auto-suministrada, se les preguntó a los entrevistados acerca de los síntomas (dolor, flujo inusual y ardores) relacionados con

las ITS y otras infecciones del tracto reproductivo. La variable correspondiente a las parejas múltiples era una medida dicotómica que dividió a los entrevistados entre los que tenían tres o más parejas cumulativas sexuales y aquellos que habían tenido un número menor de parejas. En esta encuesta, el uso del condón durante el último coito fue la medida del uso actual del condón.

RESULTADOS

Después de excluir a los entrevistados que residían fuera de Nyeri y a aquellos que tenían 25 ó 26 años, la muestra de nuestro estudio consistió en 1.753 hombres y mujeres jóvenes de 10–24 años de edad (Cuadro 1). Las mujeres de la muestra tenían una edad promedio un poco mayor que los hombres; un mayor porcentaje de mujeres que de hombres tenían más de 20 años. Los niveles educativos de la región eran relativamente elevados: prácticamente todos los entrevistados habían asistido a la escuela, y aproximadamente un tercio habían llegado al nivel secundario. No hubo una diferencia significativa entre hombres y mujeres con respecto al nivel de educación logrado. El porcentaje que actualmente asistía a la escuela fue más elevado entre los hombres que entre las mujeres, lo cual probablemente refleja las diferencias de edad entre ambas muestras. Menos del 6% de los hombres se habían casado, en comparación con el 30% de las mujeres. Nuestros análisis concentraron la atención en los entrevistados con experiencia sexual (337 hombres y 462 mujeres), que eran casi la mitad de la muestra.

Entre los que tenían experiencia sexual, el 11% de los hombres y el 21% de las mujeres habían sufrido por lo menos un tipo de coerción (Cuadro 2). Entre los jóvenes que habían sufrido coerción, la mayoría indicaron que habían sido engañados o les habían hecho una trampa para forzarles al acto sexual, y muchos señalaron la insistencia de la pareja o su actitud de “no aceptar un no”. En un resultado congruente con investigaciones previas que sugerían que las entrevistadas podrían considerar el sexo forzado en una forma diferente a la violación, el 5% de las mujeres con experiencia sexual indicaron que habían sido físicamente forzadas a consumir el acto sexual, y el 3% señalaron que habían sido violadas. El 75% de las mujeres jóvenes que señalaron que habían sido violadas también indicaron que habían sido físicamente forzadas, posiblemente refiriéndose al mismo acto (no indicado). Sin embargo, solamente el 48% de aquellas que habían sufrido un acto sexual forzado también indica-

CUADRO 3. Porcentaje de jóvenes con experiencia de coerción sexual, según la identidad del perpetrador y por género

Perpetrador	Hombres (N=37)	Mujeres (N=96)
Novio/novia	62,2	51,0
Esposo/esposa	5,4	28,1
Conocido†	35,1	21,9
Extraño	5,4	8,3
Profesor/empleador/pariente	0,0	5,1

†Incluye a amigos, vecinos y compañeros de clase. Nota: Los entrevistados podían informar sobre más de un perpetrador si hubieran tenido más de una experiencia de coerción sexual.

CUADRO 4. Porcentaje de jóvenes con experiencia sexual, según ciertas características en el momento de su primera relación sexual, de acuerdo con el género y la experiencia de coerción sexual

Característica	Hombres		Mujeres	
	Nunca coaccionado (N=276)	Alguna vez coaccionado (N=35)	Nunca coaccionada (N=357)	Alguna vez coaccionada (N=92)
1 ^{er} coito antes de 15 años†	23,2	34,3	9,8	17,4*
1 ^a pareja ≥5 años mayor	1,7	21,6***	46,0	56,2*
1 ^a pareja ≥10 años mayor	0,3	5,4*	9,8	15,7

*p<,05. ***p<,001. †Entre encuestados de 15 y más años de edad.

ron que habían sido violadas, lo cual sugiere que el término “violación” tenía connotaciones particulares para las entrevistadas. Por supuesto que las jóvenes que indicaron que habían sido violadas fueron más proclives a indicar que el perpetrador era un extraño que las que señalaron que habían sido físicamente forzadas.

Entre las mujeres jóvenes, las parejas íntimas—novios y esposos—fueron los perpetradores más usuales de la coerción sexual, seguido por los conocidos (Cuadro 3, página 37). De las mujeres jóvenes casadas que habían sufrido coerción, el 45% habían sido coaccionadas por sus esposos, el 33% por otra persona y el 22% por ambos, su esposo y alguien más (no indicado). Entre los hombres que habían sufrido coerción, la perpetradora más común era la novia, seguida de una conocida. Pocos entrevistados indicaron que habían sufrido coerción de manos de un pariente, profesor o empleador; sin embargo, es probable que haya una subestimación debido al estigma que constituye el incesto y la desaprobación de las relaciones de los jóvenes con sus profesores o empleadores. Solamente el 23% de las mujeres jóvenes y el 22% de los hombres jóvenes que habían sufrido coerción contaron a alguien acerca de su experiencia (no indicado). Cuando lo dijeron a alguien, fue generalmente a un miembro de su familia o a un amigo.

Características de los entrevistados y coerción

El 17% de las mujeres jóvenes que alguna vez habían mantenido relaciones sexuales bajo coerción habían iniciado la actividad sexual antes de cumplir los 15 años, en comparación con el 10% de aquellas que no habían sido coaccionadas (Cuadro 4). Entre ambos mujeres y hombres, los jóvenes que habían tenido una experiencia de coerción fueron significativamente más proclives que aquellos que no la habían tenido a tener una primera pareja sexual de mayor edad—i.e., de cinco o más años—que ellos. Aproximadamente el 22% de los hombres jóvenes que habían sufrido coerción tenían primeras parejas por lo menos cinco años mayor que ellos, en comparación con menos del 2% entre sus pares que no habían sido coaccionados. El 56% de las mujeres jóvenes que habían tenido una experiencia de coerción tenían una primera pareja sexual de cinco o más años mayor que ellas, en comparación con el 46% de las otras mujeres jóvenes.

Se utilizaron análisis multivariados de regresión logística para identificar las características que diferenciaban los hombres y mujeres jóvenes con experiencia sexual que ha-

bían tenido experiencia de una relación sexual bajo coerción con aquellos sin esta experiencia (Cuadro 5). Con la excepción del estado civil, no hubo variables individuales demográficas que estuvieran relacionadas con la experiencia de sexo no consensual. Entre las mujeres jóvenes, aquellas que habían estado alguna vez casadas presentaban un nivel de probabilidades elevado de haber tenido una experiencia de coerción sexual (razón de momios de 2,6), un resultado que sugiere que hay una alta prevalencia de coerción dentro del matrimonio. Sin embargo, las mujeres separadas o divorciadas fueron más proclives a haber sufrido coerción que sus pares actualmente casadas que estaban viviendo con sus esposos (4,7; no indicado). En forma similar, las mujeres jóvenes que vivían solas fueron más proclives que aquellas que vivían con uno de sus padres o su esposo a haber sufrido coerción (3,1).

Entre las mujeres jóvenes, el sexo no consensual estuvo relacionado con conductas y consecuencias negativas de su salud reproductiva. Aquellas que tenían experiencia con la coerción tenían mayores probabilidades de haber tenido tres o más parejas sexuales acumulativas y a tener síntomas de infección del tracto reproductivo (2,2 y 2,5). Dado que el uso del condón entre las mujeres jóvenes no fue significativamente diferente si habían sido sometidas o no a la coerción, es probable que la mayor prevalencia de los síntomas de infección entre las que sufrían coerción haya sido debido a un mayor número de parejas sexuales.

Entre los hombres jóvenes, la experiencia de coerción se-

CUADRO 5. Razones de momios de los análisis de regresión logística para evaluar las probabilidades de coerción sexual entre jóvenes con experiencia sexual, según ciertas características y por género

Característica	Hombres (N=257)	Mujeres (N=368)
Demográfica		
Edad	0,95	0,93
Actualmente asiste a la escuela	0,50	0,97
Nivel educativo		
<9 años	1,00	1,00
≥9 años	1,34	1,52
Actualmente tiene trabajo remunerado	0,83	0,78
Alguna vez casado	0,99	2,59*
Conocimiento de intervención SR	1,77	1,65
Vivienda		
Índice económico de vivienda		
Bajo	1,00	1,00
Alto	1,09	1,04
Situación de residencia		
No vive con sus padres ni con su cónyuge	1,61	3,09*
Vive con padre(s) o cónyuge	1,00	1,00
Conducta sexual/salud reproductiva		
1 ^{er} sexo antes de los 15 años	1,78	1,10
1 ^a pareja ≥5 años mayor	82,92***	1,26
Tuvo ≥3 parejas sexuales acumulativas	1,53	2,16*
Ha tomado alcohol	2,15	1,45
Alguna vez tuvo síntomas de ITR	2,60	2,50*
Usó condón en el último coito	0,54	0,67
Alguna vez embarazada	na	0,51
-2 log probabilidades	157,40	338,38
R ²	,246	,148

*p<,05. ***p<,001. Nota: na=no aplicable.

xual estuvo relacionada solamente con una variable—que su primera pareja sexual hubiera sido cinco o más años mayor que ellos (82,9). En el caso de las mujeres, tener una primera pareja sexual mucho mayor que ellas es una práctica muy común en el África. Sin embargo, en el caso de los hombres jóvenes, el hecho de que su primera pareja sea mucho mayor señala un riesgo muy elevado de sexo bajo coerción.

DISCUSIÓN

Este estudio, basado en una muestra representativa de hombres y mujeres jóvenes casados y no casados de 10–24 años de edad de Kenya, examinó la prevalencia y tendencias de la coerción sexual. Nuestros resultados revelan que el sexo no consensual es una característica común—y con frecuencia una característica pasada por alto—de las primeras experiencias sexuales de las mujeres y hombres jóvenes del país. Contrario a la creencia popular de que el sexo entre los jóvenes es consensual, un importante número de entrevistados de nuestra muestra manifestaron que habían mantenido relaciones sexuales contra su voluntad. Más de una de cada cinco mujeres jóvenes con experiencia sexual, y uno de cada 10 hombres jóvenes, habían tenido relaciones no consensuales. Los perpetradores con frecuencia eran las parejas íntimas de los jóvenes—sus novios, novias y esposos.

Los hombres jóvenes cuya primera pareja tenía cinco o más años que ellos presentaban un riesgo más elevado de coerción sexual que los otros jóvenes. Las mujeres jóvenes que alguna vez se habían casado eran más proclives que las que nunca habían contraído matrimonio a indicar que habían sufrido coerción, y con frecuencia los perpetradores eran sus propios cónyuges. Aquellas que habían tenido la experiencia de la coerción presentaban probabilidades más elevadas de estar separadas o divorciadas, lo cual sugiere que la coerción pudo haber contribuido a la disolución del matrimonio. En consecuencia, aun cuando regularmente se asume que el matrimonio es un refugio seguro para las mujeres jóvenes,³⁷ nuestros resultados sugieren que el matrimonio puede ser un factor que incrementa el riesgo de la violencia sexual, y otros trabajos de investigación indican que puede incrementar el riesgo de las mujeres jóvenes de contraer una infección del VIH.³⁸ Las mujeres jóvenes que son coaccionadas por sus cónyuges a mantener relaciones sexuales tienen menores probabilidades que las solteras de lograr protección contra las infecciones, mayores obstáculos para terminar una relación abusiva y menos oportunidades para recurrir a la protección legal. En general, en Kenya, así como entre los kikuyus tradicionalmente, no se puede acusar al esposo de que ha violado a su mujer porque el matrimonio conlleva el consentimiento del coito en forma ilimitada.³⁹

De acuerdo con el código penal de Kenya, la violación, el intento de violación y otras formas de sexo no consensual son delitos penados con la cárcel.⁴⁰ Sin embargo, en la práctica, rara vez se hace cumplir la ley, y la sociedad tiende a culpar a la víctima en vez de apoyarla, lo cual desalienta las denuncias.⁴¹ Además, frecuentemente se considera a la violación como un acto normal que se debe perdonar por

que los hombres no pueden controlarse. Por ejemplo, cuando estudiantes varones en 1991 mataron a 19 mujeres jóvenes estudiantes de secundaria y violaron a otras 71 en sus dormitorios en St. Kizito en Meru, Kenya, el subdirector de la escuela manifestó lo siguiente: “Los muchachos nunca tuvieron la intención de hacerles daño a las chicas. Simplemente querían violarlas.”⁴²

En comparación con las mujeres jóvenes que nunca sufrieron coerción, aquellas que tuvieron esta experiencia presentan un nivel de riesgo más elevado de contraer infecciones en el tracto reproductivo y son más proclives a haber tenido parejas sexuales múltiples. Los programas africanos para jóvenes, que tienen a resaltar la necesidad de la abstinencia sexual, usualmente subestiman las experiencias tempranas de violencia y de sexo consumado bajo coerción.⁴³ El mensaje en estos programas, el que con frecuencia se dirige a las mujeres jóvenes, les aconseja a “decir simplemente no” a los avances de sus compañeros. Sin embargo, como lo indica nuestro estudio, muchas mujeres jóvenes no tienen la opción de rechazar el sexo. Además, muchas de las conductas de riesgo que los programas intentan combatir están relacionadas con las experiencias de abuso a temprana edad. Abordar la violencia sexual mediante dichos programas no solamente responderá a las realidades de contexto de muchos jóvenes de ambos sexos, sino que también asistirá a prevenir consecuencias negativas a la salud reproductiva a largo plazo que resultan debido a situaciones de violencia.

Al no abordar el problema de sexo no consensual y de la violencia por razones de género, los programas sobre salud reproductiva para los jóvenes también están desperdiciando una importante oportunidad para cambiar la percepción equivocada de la comunidad de que estas experiencias ocurren por culpa de la víctima. El personal de los programas tiene permanente contacto con los jóvenes y con frecuencia plantean temas muy sensibles y delicados como la sexualidad. Además, muchos de ellos ocupan posiciones de jerarquía en el seno de sus comunidades, ya sea debido a su afiliación con el programa o porque son profesores, líderes comunitarios respetados o trabajadores en el campo de la atención de la salud. Por esta razón, el personal del programa está perfectamente colocado para romper el silencio y desafiar los conceptos erróneos asociados con la violencia, así como para promover sistemas que apoyan y protegen a las víctimas y castigan a los perpetradores. Finalmente, las mujeres jóvenes casadas, una población numerosa pero vulnerable, necesitan un lugar prominente en el ámbito de los programas y políticas para adolescentes para reconocer los riesgos que enfrentan en el matrimonio y su derecho a la protección.

REFERENCIAS

1. MacCauley AP y Salter C, Meeting the needs of young adults, *Population Reports*, 1995, Series J, No. 41.
2. Ajayi A et al., Adolescent sexuality and fertility in Kenya: a survey of knowledge, perceptions and practices, *Studies in Family Planning*, 1991, 22(4):205–216; Amazigo U et al., Sexual activity and contraceptive knowledge and use among in-school adolescents in Nigeria, *International Family*

- Planning Perspectives*, 1997, 23(1):28–33; Boohene E et al., Fertility and contraceptive use among young adults in Harare, Zimbabwe, *Studies in Family Planning*, 1991, 22(4):264–271; Gorgen R, Sexual behavior and attitudes among unmarried youth in Guinea, *International Family Planning Perspectives*, 1998, 24(2):65–71; Kiragu K y Zabin L, Contraceptive use among high school students in Kenya, *International Family Planning Perspectives*, 1993, 21(3):108–113; y Rwenge M, Sexual risk behaviors among young people in Bamenda, Cameroon, *International Family Planning Perspectives*, 2000, 26(3):118–123 & 130.
3. Heise L, Ellsberg M y Gottemoeller M, Ending violence against women, *Population Reports*, 1999, Series L, No. 11.
 4. Heise L, Moore K y Toubia N, Sexual coercion and reproductive health: a focus on research, Nueva York: Population Council, 1995.
 5. Heise L, Pitanguy J y Germain A, Violence against women: the hidden health burden, Discussion Paper, Washington, DC: Banco Mundial, 1994, No. 255.
 6. Moore KA, Nord CW y Peterson JL, Nonvoluntary sexual activity among adolescents, *Family Planning Perspectives*, 1989, 21(3):110–114.
 7. Abma J, Driscoll A y Moore K, Young women's degree of control over first intercourse: an exploratory analysis, *Family Planning Perspectives*, 1998, 30(1):12–18.
 8. Ibid.
 9. Ibid.; Boyer D y Fine D, Sexual abuse as a factor in adolescent pregnancy and child maltreatment, *Family Planning Perspectives*, 1992, 24(1): 4–11 & 19; y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), Domestic violence against women and girls, Florencia, Italia: Centro de Investigaciones Innocenti, 2000.
 10. Boyer D y Fine D, 1992, op. cit. (véase referencia 9); UNICEF, 2000, op. cit. (véase referencia 9); Heise L, Ellsberg M y Gottemoeller M, 1999, op. cit. (véase referencia 3); y Heise L, Pitanguy J y Germain A, 1994, op. cit. (véase referencia 5).
 11. Boyer D y Fine D, 1992, op. cit. (véase referencia 9).
 12. Ellsberg M et al., Researching domestic violence against women: methodological and ethical considerations, *Studies in Family Planning*, 2001, 32(1):1–16; UNICEF, 2000, op. cit. (véase referencia 9); Heise L, Ellsberg M y Gottemoeller M, 1999, op. cit. (véase referencia 3); y Heise L, Moore K y Toubia N, 1995, op. cit. (véase referencia 4).
 13. Mensch B, Hewett P y Erulkar AS, The reporting of sensitive behavior among adolescents: a methodological experiment in Kenya, *Demography*, 2003, 40(2):247–268; y Singh S et al., Gender differences in the timing of first intercourse: data from 14 countries, *International Family Planning Perspectives* 2000, 26(1):21–28 & 43.
 14. Gage-Brandon A y Meekers D, Sex, contraception and childbearing before marriage in Sub-Saharan Africa, *International Family Planning Perspectives*, 1993, 19(1):14–18 & 33.
 15. Ibid.; y Boohene E et al., 1991, op. cit. (véase referencia 2).
 16. Heise L, Moore K y Toubia N, 1995, op. cit. (véase referencia 4); y Heise L, Ellsberg M y Gottemoeller M, 1999, op. cit. (véase referencia 3).
 17. Ellsberg M et al., 2001, op. cit. (véase referencia 12).
 18. Ibid.
 19. Youri P, ed., Female adolescent health and sexuality in Kenyan secondary schools: a survey report, Nairobi, Kenya: African Medical Research Foundation, 1994.
 20. Kiragu K y Zabin L, 1993, op. cit. (véase referencia 2).
 21. Glover EK et al., Sexual health experiences of adolescents in three Ghanaian towns, *International Family Planning Perspectives*, 2003, 29(1):32–40.
 22. Phiri A y Erulkar A, Experiences of youth in urban Zimbabwe, Harare, Zimbabwe: Zimbabwe National Family Planning Council, 2000; y Phiri A y Erulkar A, Experiences of youth in rural Zimbabwe, Harare, Zimbabwe: Zimbabwe National Family Planning Council, 2000.
 23. Maitse T, Political change, rape, and pornography in post-apartheid South Africa, *Gender and Development*, 1998, 6(3):55–59.
 24. Wood K y Jewkes R, Violence, rape and sexual coercion: everyday love in a South African township, *Gender and Development*, 1997, 5(2): 41–46.
 25. Varga C, Sexual decision-making and negotiations in the midst of AIDS: youth in KwaZulu-Natal, South Africa, *Health Transition Review*, 1997, 7(Suppl. 3):45–67.
 26. Ademola A et al., Perceptions of sexual coercion: learning from young people in Ibadan, Nigeria, *Reproductive Health Matters*, 2001, 9(17): 128–136.
 27. Jewkes R et al., Relationship dynamics and teenage pregnancy in South Africa, *Social Science & Medicine*, 2001, 52(5):733–744.
 28. Jejeebhoy S y Bott S, Non-consensual sexual experiences of young people: a review of evidence from developing countries, Working Paper, Nueva Delhi: Population Council, 2003.
 29. Heise L, Moore K y Toubia N, 1995, op. cit. (véase referencia 4).
 30. Balmer DH, *The Phenomenon of Adolescence: An Ethnographic Inquiry*, Nairobi, Kenya: Network for AIDS Research in East and Southern Africa, 1994; Population Council, transcripciones de las entrevistas a fondo, no publicadas, con adolescentes en Nyeri y Nakuru, Kenya, Nairobi, Kenya: Population Council, 1997; y Youri P, 1994, op. cit. (véase referencia 19).
 31. Ahlberg B et al., The Mwomboko Research Project: the practice of male circumcision in Central Kenya and its implications for the transmission and prevention of STD/HIV, *African Sociological Review*, 1997, 1(1):66–81; y Population Council, 1997, op. cit. (véase referencia 30).
 32. Balmer DH, 1994, op. cit. (véase referencia 30); y Population Council, 1997, op. cit. (véase referencia 30).
 33. Ellsberg M et al., 2001, op. cit. (véase referencia 12).
 34. Jewkes R et al., 2001, op. cit. (véase referencia 27).
 35. Ngom P, Magadi MA y Owour T, Parental presence and adolescent reproductive health among the Nairobi urban poor, *Journal of Adolescent Health*, 2003, 33(5):369–377.
 36. Boyer D y Fine D, 1992, op. cit. (véase referencia 9).
 37. Bruce J y Clark S, The implications of early marriage for HIV/AIDS policy, Nueva York: Population Council, 2004.
 38. Glynn JR et al., Why do young women have a much higher prevalence of HIV than young men? a study in Kisumu, Kenya, and Ndola, Zambia, *AIDS*, 2001, 15(Suppl 4):S51–S60; y Bruce J y Clark S, 2004, op. cit. (véase referencia 37).
 39. Kenyatta, J, *Facing Mount Kenya: The Traditional Life of the Kikuyu*, Londres: Martin, Secker and Warburg, 1938; y Center for Reproductive Law and Policy (CRLP) e International Federation of Women Lawyers, *Women of the World: Laws and Policies Affecting Their Reproductive Lives: Anglophone Africa*, Nueva York: CRLP e International Federation of Women Lawyers, 1997.
 40. CRLP e International Federation of Women Lawyers, 1997, op. cit. (véase referencia 39).
 41. Balmer DH, 1994, op. cit. (véase referencia 30); y Jejeebhoy S y Bott S, 2003, op. cit. (véase referencia 28).
 42. Perlez J, Kenyans do some soul-searching after the rape of 71 school-girls, *New York Times*, 29 de julio, 1991.
 43. Erulkar AS y Mensch BS, Youth centers in Kenya: evaluation of the Family Planning Association of Kenya Program, Nairobi, Kenya: Population Council, 1997.

Reconocimientos

Este trabajo de investigación estuvo apoyado por la Fundación Rockefeller y fue realizado en colaboración con la Family Planning Association of Kenya. La autora agradece a Ian Diamond, Zoë Mathews, John Cleland, Jane Falkingham, Pierre Ngom, Shireen Jejeebhoy y Ayo Ajayi por los comentarios formulados a las versiones anteriores de este artículo.

Para ponerse en contacto con la autora: aerulkar@pcaccra.org

Publicado originalmente en inglés en *International Family Planning Perspectives*, 2004, 30(4):182–189.